

deciente; ¿y tu descendencia?
Grande es tu linaje, hija del Cielo
eres y bebes su inspiración en la
ternura y dulzura de los labios de
Cristo. Oh Libertad bendita emana-
ción de Dios y muchas veces a-
fronta del linaje humano porque
has manos manchadas con crimi-
nes cometidos en tu nombre.

Conciudadanos a penas si he podido
borquejar el don tan sagrado que nos
legaron los Padres de la Patria, mas se
nos impone la necesidad de saberla
buscar. Acaso encontrareis la
Libertad en el Castillo feudal: o
en los vigos imperios, cuyo solio
fue levantado por la fuerza, la
risueña Grecia gozó de ella.
Napoleon, buscador de la Liber-
tad pudo darsela al mundo des-
pués de dominarlo? no, caros
compatriotas no os engañéis, la fuer-
za material no da libertad a los cu-
dadanos. Y hoy en que rebosa de
entusiasmo en nuestros nobles pe-
chos al conmemorar nuestra fiesta
magna bueno es acallar las pa-
nes que a nuestro espíritu dominan,
dar oídos a la razón recta y apren-
der a buscar la libertad, si, de
consuno propongámonos a buscar-
la en las doctrinas que den im-
pulso al mundo en su carrera pa-
ra hallar lo ideal, la encontra-
remos en los labios de aquel que
para dar libertad al mundo murió
en una Cruz. Si Libertad que en
amigable consorcio con la caridad
cristiana, adora la virtud, ampara

al débil, abata el orgullo y la
ambición, aquella que ompe las
murallas que la fuerza ompe y
en sus nobles arranques abume el
despotismo y por el polvo arroja a
los tiranos. El fuego que enan-
ció las almas de los próceres
de la guerra magna, hoy hace palpi-
tar de alegría nuestros corazones, por-
que aun nos anima sangre Colombia-
na. Juramos no dejar apagar esa
hoguera y que tantos pechos cuantos
aquí estamos reunidos sean otros tan-
tos santuarios donde se quema el
suave y grato incienso que hasta
el cielo sube, cual es el de la gra-
titud, porque quien puede permane-
cer como estatua, al fojar la his-
toria y encontrar allí el nombre
de Policarpo Salavarieta que
con animo varonil se ofrenda por
la Patria, ver en otra parte el
de Ricaurte y en alas del ensue-
ño transportarnos al campo de
San Mateo donde el coloso del
martirio viendo cobrada pequeña
la tierra quiso hallar su tumba
en el espacio y escribió su nombre
en el dombo azul del firmamen-
to, aquí es el sacrificio llega al
pináculo de la gloria, es Ricaurte
en esos sublimes momentos más
glorioso y envidiado que Napoleon
coronado Emperador de los Fran-
ceses, que leonidas con toda su se-
renidad en el paso de las Termópi-
las, y en fin que Mucia Escévola
salvando a Roma.